

CAOS Y GLOBALIZACIÓN

UGO PIPITONE

LOCURA Y EXCEPCIÓN

—¿Cómo dices eso? ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?

—No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros.

He ahí, en síntesis, personajes y temas, símbolo y dilema, de la condición moderna y, si se pudiera usar la palabra con virginal inconsciencia, humana. Don Quijote: la locura, el deseo, lo impredecible [1,18]. El distinto que intenta trascender la realidad del mundo corrigiéndolo a golpes de invenciones y compensaciones justicieras. Aquel que se asombra frente a lo que sus semejantes consideran *natural*, *normal* y registra a cada paso la distancia entre lo que es y lo que debería ser en el espacio/tiempo en que su mirada puede discernir problemas y soluciones.

(Sin embargo, anotemos al margen, cuando el tiempo se acelera —cuando 10 años parecen cincuenta—, el espacio/tiempo a nuestra disposición se acorta alimentando ese desconcierto hacia el presente que ya es nuestro cotidiano estado de ánimo global. Y uno se vuelve sin quererlo Sancho o Quijote: se acomoda y teje loas de la modernidad con el entusiasmo de un darwinista social o reivindica lo diferente a partir de libros de caballería u otras referencias.)

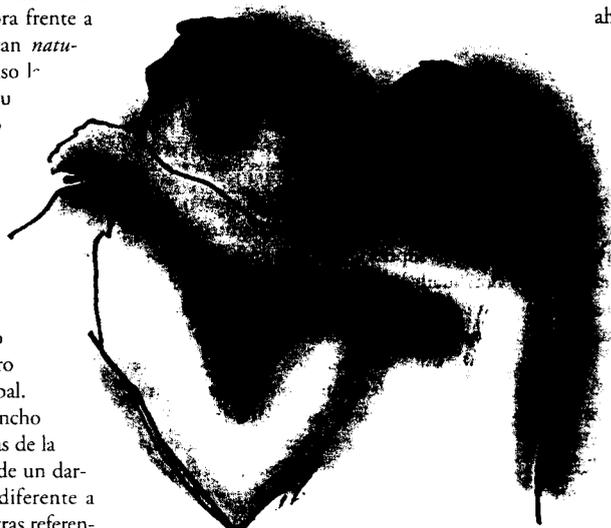
Reconozcamos que, en ocasiones, la fantasía cansa y uno entiende la desespección del barbero:

¡Válame Dios! ¿Qué es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? (I, 45).

Alimentándose de sí misma, en ocasiones, la fantasía toma la delantera y, en esa honrosa posición, se desbarranca llevándose consigo millones de seres hu-

manos. Y es una historia demasiado reciente para que valga la pena poner ejemplos. Pero habrá que añadir que no son pocos los episodios en que la *locura* del noble caballero llena el estómago de su escudero y, a veces, incluso sus bolsillos de monedas.

Generalicemos: la fantasía puede mejorar la vida y, aún a costa de parecer trivialmente ecuánime, el principio de realidad, también. Es difícil imaginar como caballeros de la fantasía a capita-



nes de industria ambiciosos, especuladores en la Bolsa de Amsterdam o mercaderes de varias generaciones y denominaciones. Y sin embargo, con o sin consciencia, empujaron el mundo hacia adelante, impulsaron su movimiento. En fin, no siempre el realismo —y la historia del capitalismo está ahí para demostrarlo— es conservación. Algo que Marx entendió como nadie y, después, trató de olvidar. Sin considerar que conservación

no es sinónimo de *mal*, como los ecologistas nos han enseñado en las últimas décadas. ¿Sólo progreso viene de la fantasía? ¿Sólo conservación, de la realidad? Y además, ¿es posible dibujar una frontera segura entre dos territorios y denominar uno *fantasía* (voluntad, deseo) y el otro, *realidad*?

En fin, Don Quijote es la izquierda. Y cuando imagina el futuro, lo mejor que se le ocurre es idealizar el pasado (caballeresco, en su caso). Tradición fértil, por cierto. ¿No están llenos los discursos de Saint Just de referencias a la Roma republicana? Y de ahí vino el Terror, la democracia ciudadana, Napoleón, además de parte de la I y II guerras mundiales y los derechos humanos. Que hagan balances los expertos en costo/beneficio, los *rational choicer* u otros farmacistas de la historia. ¿No miraba la cultura del Renacimiento a las realizaciones clásicas de un mundo desaparecido hace siglos? ¿No mira Maquiavelo hacia las virtudes republicanas de una Roma convertida en polvo, mientras define los nuevos espacios intelectuales de la política? Artes y política otean el pasado mientras, casi sin saberlo, van hacia lo nuevo¹. ¿No fue nostalgia de comunidad el comunismo: necesidad de una armonía final? Don Quijote está en el surco de esta tradición y *corrige* el mundo —gracias a un pasado embellecido por la literatura— mostrando las posibilidades ocultas bajo su aparente solidez y que, a menudo, se

¹ Recordemos al viejo Burckhardt de *La cultura del Renacimiento en Italia*. Ed. Iberia, Barcelona 1971, págs. 129 y sigs.

esconden en los pliegues del pasado. Es así la excepción (el principio del caos), que muestra la discordante estructura del presente y alimenta una necesidad de otra cosa. El Quijote es un Sísifo voluntario: mueve el mundo entero como si fuera una roca, sin preocuparse en exceso del riesgo de quedar aplastado debajo.

Para evitar simetrías demasiado simples, digamos que Sancho no es la derecha. Es lo *concreto* que, ocupando gran parte de su cerebro, hace de él un sabio centrista. Alguien que, a veces, se deja jalar por el lado de la imaginación de un mundo distinto y, a veces, está amarrado, como un caracol a la roca, al presente como fin de la historia. Moraleja de paso: cuando la fantasía prescinde de la realidad se convierte en misión, cruzada o lo que sea; y cuando la realidad repudia la fantasía, es como si en un jardín se desterraran las plantas vivas a favor de hermosos sustitutos de plástico.

Orden y desorden, azar y necesidad, fantasía y realidad, asteroides *libres* y fuerzas de gravitación universal, reglas y excepciones. "Condición humana" podría decirse, si la expresión no fuera ambigua en su insinuación de una ontología cristalizada fuera del tiempo. Pero los contrastes no excluyen las simbiosis y los equilibrios, por inestables que sean. El mundo no es orden o desorden, regla o excepción. Es orden y desorden, regla y excepción. Coexistencia de lo que une con lo que divide, anuncian-do (a veces) una unidad diversa.

Metáforas microbiológicas y termodinámicas

La analogía biológica es, desde siempre, fascinante y algo conservadora, una vez convertida en metáfora social. La contemplación de los resultados de miles de millones de años de evolución se paga con el azoramiento frente a la *creación*. Pero el uso conservador de la biología resulta cada vez menos posible gracias a una microbiología evolutiva que revela no solamente réplicas y mutaciones sino también *momentos* en que la vida, creándose a sí misma, recorre rumbos impredecibles con rupturas de la unidad y la continuidad previas. La evolución no es sólo la mutación resultante del proceso de las réplicas sino también una sucesión de desequilibrios creadores. Volvamos al origen de las células eucariontes (o sea, con núcleo): un par de miles de millones de años atrás.

En algún momento las bacterias ancestrales (células procariontes, o sea sin núcleo) debieron combinarse con otros microorganismos, instalan-

dose en su interior y proporcionándoles un sistema de eliminación de desechos y energía procedente del oxígeno a cambio de alimento y cobijo (...). Éste sería un mecanismo evolutivo más brusco que la mutación: una unión simbiótica que llega a ser permanente (...). La velocidad de recombinación es superior a la de mutación².

Una conclusión cargada de sugerencias. ¿Cómo no pensar en la globalización y la multiplicidad infinita de contagios y "recombinaciones" que hace posible? ¿No es obvio ahí que la velocidad de estas recombinaciones es infinitamente mayor a la de las *mutaciones* de cada sociedad *dejada a sí misma*? Pero no es sólo un problema de *velocidad* del cambio, sino también de multiplicación de las posibilidades evolutivas a las infinitas interacciones entre Internet, comercio exterior, transferencia tecnológica, competencia, movimientos de capitales, telecomunicaciones, migraciones, delincuencia transnacional, efectos ecológicos globales de las iniciativas individuales.

En la célula y en la sociedad, las diferencias han sido los peldaños a lo largo de los cuales el desorden ha empujado los sistemas a una mayor complejidad, a una mayor capacidad para englobar diferencias en su seno. Aunque, obviamente, ninguna unidad sea definitiva, capaz de congelar el tiempo que la recorre desde dentro y desde fuera de sí misma.

"La sociedad está siempre inacabada y no existe sino bajo la amenaza permanente de su propia destrucción... las respuestas a los desórdenes actuales conllevan desórdenes futuros, indefinidamente"³.

Sin embargo, el ideal antiguo (y nunca del todo superado) de la ciencia es la atemporalidad: la contemplación de la perfección del mundo puesto fuera del tiempo. Es la ausencia de percepción de la vida como una autoconstrucción (*autopoiesis*) que puede alterar (en direcciones nunca plenamente predecibles) sus tendencias previas. La realidad de la vida se desgrana entre procesos irreversibles que sólo pueden entenderse en términos de un *antes* y un *después*. Y el después no siempre es la continuación fluida de lo previo.

Uno de los acontecimientos más extraordinarios de nuestro siglo es el hecho de (el descubrimiento) que las partículas elementales suelen ser inestables (...). Nos hemos dedicado a buscar es-

quemas generales, globales, a los que pudieran aplicarse definiciones axiomáticas inmutables, y lo único que hemos logrado, en todos los campos, ha sido encontrar tiempo, acontecimientos y fenómenos de evolución... estructuras disipativas en condiciones muy alejadas del equilibrio en que la estructura surge a partir del caos térmico, del azar molecular⁴.

Es Ilya Prigogine, premio Nobel de química en 1977. Y llegamos a dos ideas centrales. Primera: lejos del equilibrio, cualquier sistema en intercambio de energía con su entorno se enfrenta a una amplia posibilidad de opciones "moleculares" cuyo resultado no es predeterminable sino en términos probabilísticos. Segunda: en el tránsito de un equilibrio a otro, tiende a maximizarse el grado de desorden molecular, que llamamos *entropía*. O sea, la masa de energía libre que expresa el aumento del número de configuraciones posibles al interior de un sistema.

Todo sistema es una arquitectura de elementos y, sin embargo, ningún sistema controla plenamente sus elementos constitutivos. Llamemos eso como sea: complejidad no organizada, desorden molecular, diferencia no homologada o alteridad militante. La segunda ley de la termodinámica (que establece la entropía) tiene un poder metafórico muy grande. Carnot dice: "La conversión de la energía no es otra cosa que la destrucción de una diferencia (y) la creación de otra diferencia"⁵. Pero, la tentación de considerar el *arreglo molecular* alcanzado (en la economía, en la sociedad o en la política) como el punto final está siempre latente. La idea de "fin de la historia" tiene raíces fuertes.

La globalización: larga duración e incógnitas evolutivas.

Globalización es palabra de los años noventa. Lo cual no significa que estemos frente a una palabra; estamos frente a un fenómeno antiguo que el léxico asume con asombroso retardo. Por otra parte, vivimos durante siglos en el capitalismo antes de inventar la palabra. La globalización es un proceso de construcción de interdependencias cada vez más extendidas y es también una ampliación de sentidos de responsabilidad. Toma de conciencia (como siempre, con adelantos, retrasos y montañas de frivolidades) de que la desgarradura de una red la afecta *in toto*, y

² Lynn Margulis, Dorion Sagan, *Microcosmos*, Tusquets, Barcelona 1995 (Ed.or.: Summit Books, New York 1986), págs. 50 y 51.

³ Georges Balandier, *El desorden*, Gedisa, Barcelona 1990 (Ed.or.: Fayard, Paris 1988), págs. 79 y 151.

⁴ Ilya Prigogine, *¿Tan sólo una ilusión?*, Tusquets, Barcelona 1997 (1ª ed.: 1983), págs. 155 y 157.

⁵ Citado en Georges Balandier, *Op.cit.*, pag. 51.

no solamente los nudos aldeaños. Y una red, bien o mal, se va formando desde hace siglos, y siempre ha sido objeto de apolo- gías, vituperios y simplificaciones.

La globalización es un empuje exo- gámico que, con distintos tiempos y moda- lidades, embiste zonas crecientes de hu- manidad. 1492 es la fecha de origen sím- bólico y sustancial de una secuencia de oleajes cruzados que, desde entonces, ha embestido la historia moderna. Desde el "descubrimiento" de América, la huma- nidad comienza a asumirse a sí misma co- mo una unidad más compleja (y real) que aquello que las generaciones precedentes pudieron imaginar. Desde entonces los movimientos de hombres, cosas e ideas alrededor del planeta dejan surcos cada vez más extendidos, entrecruzados y per- manentes. Pero no estamos en el interior de un *continuum* de velocidad uniforme. Los temblores tienen intensidades dife- renciadas en el tiempo y producen efectos distintos dependiendo de la naturaleza de los suelos que sacuden. Y lo mismo vale para la globalización un movimiento hecho de aceleraciones, trasplantes exitosos y fallidos, *feedbacks* imprevistos, tensio- nes, conflictos y periodos de retraso o in- cluso de parálisis *momentánea*. En vía hi- potética, y centrandó la atención en co- municaciones y transportes, tal vez sean discernibles dos periodos de aceleración (excluyendo 1492): el primero, entre fi- nes del 800 y comienzo del 900⁶ y, el se- gundo, a partir de las últimas décadas del siglo apenas concluido. O sea, hoy. Una corriente protagonizada por avances tec- nológicos que reducen el peso de las dis- tancias en la vida cotidiana, articulación de mercados, reducción de las tarifas de comunicación y transporte, flujos migra- torios, etcétera.

Sin embargo, una fuerte corriente de opinión (que podríamos llamar *cultura no-global*) se inclina hoy por considerar la globalización como producto de estrate- gias institucionales y/o empresariales de poder. Una visión que tiende a degradarse en una tesis conspirativa que reduce el presente a una maquinación del poder económico o político, el Pentágono, Hollywood o el FMI, dependiendo de preferencias y fobias. Pero las lecturas conspirativas de la historia pierden siem- pre lo central: las razones por la que los diseños ocultos (suponiendo que estén

siempre ahí) a veces son exitosos y a veces fracasan.

Sin excluir, naturalmente, las estrate- gias de actores (económicos o políticos) poderosos, señalemos algunas de las coor- denadas entre las cuales la globalización parecería definir sus perfiles en el actual ciclo histórico.

- En el curso de los años noventa, el peso relativo del comercio internacional de bienes frente al PIB mundial pasa del 22% al 27% (en Europa, del 39% al 53%).

- En el mismo periodo, y siempre a escala mundial, el peso relativo de la in- versión extranjera directa en la formación bruta de capital, pasa del 4% al 10% (en América Latina, del 4% al 22%).

- En los últimos 20 años del siglo re- cién concluido, el número total de turis- tas en el mundo pasa de 270 a 700 millo- nes de personas.

- La televisión por satélite tenía me- nos de 10 millones de usuarios a finales de los años ochenta; en la actualidad tiene más de 40 millones. Por su parte, Internet pasa de 10 a 70 millones de *hosts* apenas en los últimos cuatro años de los noventa.

Sin ser demasiado prolijos, añadamos a lo anterior la proliferación de ONG que operan en escenarios globales (Greenpea- ce y Amnesty International, como máxi- mos símbolos), la creciente importancia de agencias privadas calificadoras (Stan- dard and Poor's, Moody's, etcétera) y una multiplicidad de otros ejemplos (entre los cuales las manifestaciones de protesta multinacionales) que apuntan a la forma- ción de una sociedad civil posnacional.

Según Bertalanffy, el mundo es una *organización* que funciona bajo una lógica de estímulo-respuesta⁷. Una combinación de Toynbee y teoría de sistemas. Si enten- demos la palabra organización no en un sentido mecánico sino en uno bioquími- co (donde la lógica estímulo/respuesta opera entre reacciones múltiples y complejas), es oportuno destacar tres aspectos.

Primero: la dificultad misma de sepa- rar conceptualmente (y mucho más, em- píricamente) causas y efectos, estímulos y respuestas. A menudo los papeles se re- vierten produciendo líneas evolutivas y problemas casi nunca deductibles de la situación previa. Como si Dios jugara realmente a los dados. La multiplicidad de los *efectos* de retroalimentación abaste-

ce una red de dependencias y contagios cruzados donde poderes catalíticos laten- tes pueden magnificar en proporciones inéditas circunstancias aparentemente marginales.

Segundo: la aceleración de los aconte- cimientos productores de otros aconteci- mientos implica un dramático acorta- miento del tiempo para reacciones efica- ces. La línea del horizonte se acerca demasiado aprisa para saber siempre qué hacer. Y además, los perfiles del horizonte pocas veces, y con suma imprecisión, son anticipados por los sistemas de localiza- ción electrónica de abordó.

Tercero: las dificultades no surgen só- lo de la mayor complejidad de las reac- ciones químicas al interior de ese cuerpo glo- bal en formación, sino también del hecho que esté *en formación*. Y es precisamente eso lo que reduce la capacidad predictiva de cualquier visión apriorista. La acción o la falta de acción impactan hoy más que ayer, mientras la inercia explica menos que ayer. Lo cual no significa la disolu- ción del pasado sino, por el contrario, una mayor turbulencia subterránea en respuesta a los cambios del presente.

Estamos frente a una homologación heterónoma, un proceso de convergencia que opera en medio de viejas diferencias al tiempo que crea otras nuevas. Pocas dudas caben de que el principal actor de la globalización en el medio milenio que nos precede ha sido el *núcleo* occidental. La globalización se gesta fundamental- mente ahí, en el interior de una modernidad que derrama sobre el mundo sus pro- pias necesidades, adquisiciones, brutalida- des y fantasías. Frente a este poder expansivo se desgranán amplias variedades de procesos de adaptación o de rechazo. Para simplificar y retomar la fórmula de S. Huntington: *The West versus the Rest*. Sin embargo, no es exactamente así: en su confrontación recíproca, tanto Oc- cidente como el resto del mundo se han definido (o no han podido hacerlo) como fuerzas globales.

Occidente exporta una organización social cuyos rasgos mayores están en el binomio capitalismo / democracia. Y no es una fórmula *prêt-à-porter* en realidades sociales con *anticuerpos* poderosos en las estructuras económico-políticas, en los sistemas de valores, en las prácticas de vida. Capitalismo significa competencia regulada; democracia significa conflicto regulado; una simbiosis antigua, actual y nunca en reposo que es difícil transferir a historias diferentes. Y las resistencias son poderosas. En las últimas décadas a una

⁶ Esta es la tesis de Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson en *When did Globalization Begin?* NBER Working Paper 7632, Cambridge, MA, 1997, 2000.

⁷ Ludwig von Bertalanffy, *Teoría general de los sistemas*, FCE, México 1976 (Ed. Or.: Braziller, Nueva York, 1968), pag. 196.

occurrencia de la penetración capitalista corresponde una crisis de los procesos de desarrollo en gran parte del mundo en desarrollo, y en este contexto es comprensible que los menos favorecidos se consideren víctimas de la globalización. O sea, limitándose al motor inicial, de Occidente.

Muchas preguntas surgen inevitables. ¿Será globalización sinónimo de occidentalización? Una incógnita a la cual se añaden, por lo menos, otras tres. La primera: ¿qué clase de nuevos equilibrios globales podrán construirse en el futuro entre *sistema* y *entorno* que hagan posible estabilidad política y mayor desarrollo en los dos? La segunda: ¿qué clase de equilibrio terminará por establecerse entre Estado y mercado a escala global? La tercera: ¿qué nuevos equilibrios serán necesarios para hacer compatible un mayor nivel medio global de bienestar y la conservación de los equilibrios ecológicos planetarios?

El nuevo canon y los retardos de la política

Las preguntas se multiplican y las respuestas (sobre todo políticas) se demoran en llegar⁸; y la tentación de dejarse llevar por la corriente global se vuelve un acto de sabiduría, una especie de virtud ideológica. *Síndrome de Zelig*, podríamos decir pensando en una película de Woody Allen que trata justamente de alguien cuyo impulso a mimetizarse en la medianía dominante lo convierte en un *extremista de la normalidad*. Pero ¿qué hace especialmente fuerte la *normalidad* contemporánea hasta el mostrar los reducidos márgenes de maniobra de la política? La respuesta va por dos caminos diferentes y complementarios. Primero: el peso inercial de clases medias amarradas a ciertas pautas de consumo y de vida que toleran sólo cambios marginales. Una concentración en el centro del espectro político que proviene en gran

medida del encanto ecuménico de un estilo de vida. Segundo: el reforzamiento de vínculos globales que estrechan los espacios para la creatividad política *local*. Así que tanto desde *adentro* de cada sociedad como desde *afuera*, (o sea, en sus relaciones) la política es vista con suspicacia, como expresión de una amenaza potencial a modificar aquello que no se quiere, ni (en cierta medida) se sabe cómo, modificar.

En un contexto de mayor competencia global, innovaciones continuas y libre circulación de capitales, se contraen los espacios para decisiones desviadas de la *norma*. Es la afortunada imagen de Thomas Friedman: la *camisa de fuerza dorada* (*Golden straitjacket*). Veamos cómo descri-



be su autor ese acrecentado sistema de vínculos globales. He aquí los requisitos que la nueva situación impone a cada país:

Hacer del sector privado el motor primario del crecimiento económico, mantener una baja tasa de inflación y la estabilidad de los precios, reducir el tamaño de la burocracia pública, mantener un presupuesto lo más posible equilibrado, si no es superávit, eliminar o reducir los aranceles sobre los bienes importados, remover las restricciones sobre las inversiones foráneas, quitar del camino las cuotas y los monopolios domésticos, aumentar las exportaciones, privatizar las empresas públicas, desregular los mercados del capital, volver convertible la propia moneda, abrir las propias industrias y los mercados accionarios y de bonos a la inversión directa extranjera, desregular la economía interna de tal manera de promover el mayor grado de competencia doméstica, eliminar la corrupción institucional y subsidios tanto como sea posible, abrir los sistemas bancarios y de telecomunicaciones (...) Cuando se junten todas estas piezas, tendremos la Camisa de fuerza dorada⁹.

Después de lo cual, en palabras del autor, las opciones políticas disponibles quedarían reducidas a Pepsi o Coca. Una excelente descripción y una pésima conclusión.

Dejemos de lado el tema escabroso de saber qué parte de los nuevos vínculos corresponde a una poderosa energía homologadora, y qué parte constituye, en cambio, una especie de canon empresarial acerca de las necesidades propias y globales. O en qué medida, los vínculos referidos constituyan alguna clase de síntesis viva de realidades, deseos y deficiencia de ideas. Como quiera que sea, el mensaje no deja dudas: si quiere usted desarrollarse y tener un lugar en la repartición de pesos y poderes globales, estas son las condiciones generales. *Broadly speaking*.

Sin embargo, nada es tan sencillo y uno se encuentra en la incómoda condición de reconocer que así es, pero también que, en aspectos relevantes, no es así.

Y buscar puntos de convergencia entre regla y excepción para no perder el contacto con una realidad más compleja que nuestras formas de expresarla. En el mismo ciclo histórico en que la *camisa de fuerza dorada* asumía sus formas, varios países de Asia oriental construían maquinarias de desarrollo con amplias derogaciones frente al *canon occidental* simplificado por Friedman. Para no mencionar las persistentes diferencias anatómicas y fisiológicas entre capitalismo europeo y estadounidense que, globalización o no, se conservan en un equilibrio inestable de contagios. Las diferencias persisten pero lo hacen al interior de una corriente que estrecha, sin anular, los espacios de las políticas independientes del contexto global. Durante las últimas décadas, tanto en el frente europeo como en el asiático, no fueron pocos los elementos digamos heterodoxos. Obviamente el canon es más estricto para los países individualmente considerados que para los grupos regionales capaces de hacer escuchar su voz en forma conjunta en el escenario global. La fuerza de gravitación atrapa más fácilmente los cuerpos más pequeños.

Externalidades negativas e inercias ideológicas.

Un aspecto del problema, puede expresarse así: la mayor frecuencia de crisis financieras con potencial de irradiación

⁸ Una situación que, pensando más en los aspectos internos que en los globales. Christopher Lasch expresaba en términos de *Rebelión de las élites* (Paidós, Barcelona 1996; ed. Or.: W.W. Norton, Nueva York 1995). Pero, tanto en el aspecto nacional como en el global, la creciente dificultad de parte de los dirigentes políticos en indicar perspectivas de acción, tiene las mismas características: la apología del mercado como el mecanismo autorregulador. El mercado, al mismo tiempo, como ancla y *Deus ex machina*: una especie de anestesia frente a retos cuya solución no está inscrita en el código genético ni de la "realidad" ni del mercado.

⁹ Thomas L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree*. Farrar Straus Giroux, New York 1999, p. 87.

global o regional en el curso de los años 90. La década de mayor liberalización financiera en la historia contemporánea¹⁰ correspondió con una secuela de turbulencias: la libra esterlina en 1992, México en diciembre 1994 y desde julio 1997, Tailandia, Malasia, Corea del sur e Indonesia, Rusia en el verano de 1998 y Argentina y Uruguay en 2002. Para no mencionar la crisis financiera que en los últimos dos años y medio ha consumido casi una tercera parte de los niveles de capitalización bursátil alcanzados previamente.

El dato nuevo es el tamaño de las consecuencias asociadas a la mayor incrustación recíproca entre economía real y economía financiera a escala global. Centenares de millones de personas pueden quedar ahora atrapados en los nuevos torbellinos financieros y en sus consecuencias *reales*. Otro dato es que al fisiológico oleaje especulativo se añaden elementos que no son fisiológicos, o no deberían ser. Como los impactos sobre el clima de confianza de los mercados en presencia de empresas reguladoras que casi siempre anuncian el peligro de que los bueyes salgan del corral cuando ya se encuentran desperdigados en el campo. O los fondos comunes, supuestamente cautelosos y responsables, que se lanzan a especulaciones descabelladas. O grandes empresas de diverso tipo que engañan el mercado a través de diferentes formas de contabilidad *creativa* y se llevan entre las patas a decenas de miles o millones de ahorradores. Y todo eso mientras ni los vigilantes públicos ni los privados anunciarían, por lo menos, señales de peligro. Nadie (o casi) alertó frente a los desastres bancarios francés o mexicano, o a la avalancha de quiebras (con posteriores y costosísimos rescates) de los *Save and Lounis*¹¹ en los 80 o de *Salomon Brothers* o *Long-Term Capital Management* en los 90. Para no hablar de Enron, WorldCom y demás muestras recientes de que los sistemas públicos (y privados) de vigilancia sobre empresas que concentran grandes montos de ahorro público, son de una

asombrosa ineficacia en diferentes partes del mundo¹².

Pero, obviamente, las externalidades negativas no se limitan a las patologías financieras. Las mismas actividades que permiten altos niveles de empleo se basan en procesos técnicos y patrones de consumo con impactos crecientemente adversos para la conservación de los equilibrios ambientales. A economías y sociedades cuyos contactos globales activan nuevos factores de tensión no corresponde todavía un sistema de reglas que permita limitar el potencial global de tensiones locales de diverso origen: financiero, ecológico, político, social. Frente a esta realidad, la ideología dominante establece un *trade off* químicamente puro: a mayor regulación pública, menor creación de riqueza. Ahora, haciendo a un lado el hecho que esto podría ser correcto en ciertos periodos y falso en otros (la historia real es un permanente dolor de cabeza para las ideologías), el problema es que una mayor interdependencia tiende a producir un organismo en el cual, cualesquiera que sea el origen del sufrimiento, tiende a extenderse al todo. Y los tiempos en que el mercado resuelve los problemas (cuando lo hace) podrían revelarse inadecuados frente a las tensiones acumuladas.

La experiencia nos permite señalar algunos focos rojos que hace tiempo siguen del mismo color. Hagamos un listado somero: 1) a paridad de otras condiciones, la violación sistemática de los derechos humanos en algún país alimenta oleadas migratorias al resto del mundo. 2) la desertificación del planeta impone una mayor ayuda alimentaria de parte de los países desarrollados y el abandono de recursos naturales importantes en los países en desarrollo. Sin mencionar las consecuencias climáticas. 3) Amazonas, las selvas del Borneo o la tundra ruso-sueco-finlandesa, no pueden tratarse (sin pagar altos costos globales) como temas de estricta soberanía nacional. 4) las políticas económicas con insuficiente control social o internacional pueden profundizar la miseria en cualquier país y tener consecuencias adversas sobre sus vecinos; y, si el país es suficientemente importante, sobre el mundo. 5) las pautas de consumo y de produc-

ción que aseguran empleo y bienestar a muchos, producen también externalidades negativas que afectan a muchos otros. Incluso a sus beneficiarios.

La consecuencia es casi obvia: una mayor interdependencia global impone un salto en la conciencia de las nuevas responsabilidades que todo mundo asume en una red donde el bienestar de todos tiende a beneficiar a todos (salvo ajustes estructurales de corto-mediano plazo), así como el malestar de algunos tiende a afectar, en distintas formas, al conjunto. Con Internet, terrorismo (y demás), los juegos a suma cero han dejado de ser sostenibles en el largo plazo. Sin embargo, la cultura dominante parecería vivir en el margen extremo de sus verdades parciales. Y en ese mismo margen, tiene razón Friedman en hacer uso de la ironía:

Si señor, nadie paga impuestos en Liberia. No hay control de armas en Angola. No existe sistema de welfare, así como lo conocemos, en Burundi y ningún gobierno estorboso que interfiera con el mercado en Ruanda. Pero mucha gente de estos lugares seguramente preferiría que hubiera algo de eso (...)

"Nosotros no somos una empresa americana. Somos IBM Estados Unidos, IBM Canadá, IBM Australia, IBM China". ¿De veras? Entonces, la próxima vez que IBM China tenga algún problema en China, llamad Jiang Zemin para obtener socorro¹³.

En la ola de sus propios éxitos, esa misma creatividad técnica y empresarial que hoy nos empuja hacia delante (ampliando nuestras fronteras de necesidades y posibilidades), tiende a considerarse como la fuente última de toda sabiduría y de toda racionalidad. Una poderosa corriente cultural que, con las mejores intenciones y algunos cinismos, es empujada a colonizar todos los espacios, incluida la política. El recetario es obvio: los compromisos son ataduras, la libertad es riqueza y lo demás se resolverá por su cuenta. Y sin embargo, no es fácil imaginar cómo una lógica de pesos y centavos (a menos que se asigne al dinero un papel de tótem capaz de exorcizar cualquier problema) pueda encarnar una extensión posnacional de la responsabilidad para hacer frente a la nueva generación de problemas y necesidades globales. Anthony Giddens sintetiza la materia en una fórmula:

"El gobierno, la economía y la sociedad civil

¹⁰ Acerca de la liberalización de los movimientos internacionales de capital, mencionemos al margen que estamos aquí frente a una realidad reciente. Alemania y EU eliminan sus sistemas de control de capitales en 1973. Japón e Inglaterra lo hacen hacia fines de la década y la mayoría de los otros países europeos lo hacen a fines de los 80. Asia oriental (bajo presión de la liberalización de sus mercados financieros a comienzo de los 90).

¹¹ Paul Krugman, *The Age of Diminished Expectations*, MIT Press, 1999 (Ed. Or.), pp. 157s.

¹² Refiriéndose a Wall Street, "The Economist" (8 junio 2002), señala: "Then there are the continuing reverberations from the troubles of Enron, Global Crossing and (this week's casualty) Tyco, plus a string of lesser company meltdowns, which have directed new attention to the ills of personal greed, lousy accounts and inadequate surveillance".

¹³ Thomas L. Friedman, *Op. Cit.*, pp. 35 y 37.

han de estar y los tributos. Si una domina sobre las otras, las consecuencias son nefastas"¹¹.

De acuerdo, sobre todo por lo que concierne la dimensión global, hasta ahora dominada más por la economía que por las otras dimensiones. Las resistencias a asumir compromisos globales y a instrumentar reglas capaces de reducir los riesgos sistémicos se ilustran elocuentemente con la *rebeldía* de Estados Unidos frente a los acuerdos ecológicos de Tokio o a los penales de Roma. Así como en las resistencias de Francia e Inglaterra a una Europa federal que implicaría una pérdida de centralidad de sus respectivos Estados nacionales.

Pero evitemos silogismos demasiado coherentes en el terreno formal. Es evidente que el razonamiento por el cual una economía y una sociedad globales suponen un gobierno global, es tan simétricamente perfecto como históricamente inviable. Reconozcamos la naturaleza del terreno: estamos entre naciones que todavía se resisten a salir de la piel de la "soberanía nacional" y una perspectiva de gobierno global irrealista. O sea, de una parte, lo pequeño que ha dejado de ser funcionalmente capaz de metabolizar la nueva escala de los retos; y, de la otra, lo demasiado grande, tan velidioso como impensable. Disyuntiva entre lo no-suficiente y lo no-posible.

La regionalización.

Volvamos a razonar en términos sistémico-biológicos. ¿Frente a una creciente complejidad global, es posible que el *núcleo* construido sobre una escala distinta de funciones pueda seguir cumpliendo su tarea reguladora celular? En su abstracta generalización, una pregunta de este tipo no tiene una sino varias respuestas posibles y varias graduaciones entre *sí* y *no*, dependiendo de ámbitos, trabazones previas, naturaleza de las tensiones (tanto internas como con el entorno), tiempos, accidentes, etcétera. Pero si pensamos en el ciclo histórico contemporáneo y asumimos como núcleo del núcleo (el nucleolo) a Estados Unidos, entonces, la respuesta comienza a mostrar perfiles probabilísticos. Si, como sugieren varios signos del presente, se revelara en el futuro una creciente dificultad estadounidense para seguir cumpliendo las diferentes funciones globales asumidas en la segunda mitad del

siglo XX, nos enfrentariamos a una masa de energías (económicas y políticas) no organizadas con un incalculable potencial disruptor. Y esta posibilidad de desorden estructural podría llegar a concretarse justo en el momento histórico que impone un mayor esfuerzo de coordinación global frente a urgencias demográficas, ecológicas y sociales cuyas primeras manifestaciones son suficientemente inquietantes.

Ante un cuerpo global que crece, pueden revelarse las deficiencias del cerebro nacional (por tan poderoso que haya sido o siga siendo) destinado a coordinar sus funciones básicas. Ahora bien, si Estados Unidos se enfrentara poco a poco a un problema de menor eficacia ordenadora, ¿cuál otro país podría asumir en el futuro el mismo papel en las nuevas condiciones? O sea, ¿quién después de Estados Unidos? En el horizonte visible (o imaginable) desde la actualidad, las mayores probabilidades se concentran en una respuesta: nadie. A inicio del nuevo siglo, la economía de Estados Unidos supera en tres veces a la japonesa y en cinco veces a la alemana. ¿Es imaginable que esta situación se modifique drásticamente en las próximas décadas? Este escribiente lo duda. Pero entonces, si Estados Unidos se muestra como un cerebro cada vez menos capaz de administrar algunas de las funciones fisiológicamente esenciales de un cuerpo mundial en expansión, ¿cómo imaginar que puedan hacerlo economías nacionales considerablemente inferiores a la de Estados Unidos en tamaño, creatividad tecnológica y vocación hegemónica global?

Llegamos así a la regionalización, al reconocimiento de que se está concluyendo en nuestro tiempo un largo ciclo histórico: el de las hegemonías nacionales de vocación universalista. El dato contemporáneo más relevante no es, entonces, sólo la globalización sino también ese complejo proceso aparentemente orientado a la creación de *cerebros* regionales capaces de operar con mayor eficacia en el oleaje de la globalización, crear espacios de seguridad colectiva y nuevos, más amplios, sentidos de pertenencia e identidad. *Cerebros* regionales que son condición de nueva interdependencia entre países vecinos y que constituyen una forma para reducir el peso de los vínculos globales y asegurar una mayor capacidad proyectual sobre bases plurinacionales. El Estado nacional fue por siglos una forma para producir coherencia, identidad, capacidad de cambio y posibilidades de desarrollo. Hoy, estas funciones son cada

vez menos acometibles en los límites del Estado nacional. Sobre todo en los países más pequeños (territorial, económica o demográficamente).

Y la Unión Europea se vuelve así, *volens nolens*, una anticipación global, un arquetipo involuntario, de una apuesta sobre un posible futuro posnacional. Mientras la UE se consolida (primero con el SME a fines de los 70, después con el mercado común desde 1993 y finalmente con la moneda única en 2002 y la ampliación programada para 2004) y el oleaje global crece (con tipos de cambio flotantes, agudos conflictos competitivos, reducción de las barreras arancelarias, revolución tecnológica, crisis financieras globales y demás), el regionalismo europeo se propone inevitablemente como una fórmula atractiva también en otras partes del mundo. Una *fórmula* para navegar con mayor seguridad colectiva en contextos globales turbulentos. Y se experimenta la sensación del *dejà vu*. Europa, otra vez, como forjadora de modelos políticos de irradiación global. Pero, esta vez, ya no en el terreno del nacionalismo sino de una propuesta de democracia posnacional. Como Habermas, lúcido cronista del presente, sugiere.

Antes de echar las campanas al vuelo, añadamos que la tradicional hegemonía de Occidente sobre el resto del mundo se está cuarteando en forma irreversible a partir de la aparición en el escenario global de Asia oriental; y en ella, de un amplio espectro de países dotados de gran potencial de aprendizaje, de innovación y desarrollo. Además de Japón, mencioner aquí a Corea del sur, a China o Malasia es tan trivial como inevitable. De ahora en adelante, desarrollo y Occidente dejarán de ser virtuales sinónimos, como ocurrió a lo largo de siglos. El capitalismo tendrá en el futuro dos cabezas sistémicas las consecuencias de cuya simbiosis es imposible anticipar desde la actualidad. Lo único evidente es que tres espacios regionales se van perfilando, en medio de diferencias (tanto internas como recíprocas) que sería prolijo mencionar aquí, como los mayores protagonistas del nuevo siglo: Europa occidental, Asia oriental y Norteamérica. Ejemplos concretos de la formación de cerebros regionales en correspondencia con redes más tupidas de interdependencia económica y política. Para Estados Unidos, una degradación en términos de jerarquía mundial; para el resto del mundo, una apuesta a una mayor seguridad colectiva y una mayor capacidad de gobierno del cambio.

¹¹ Anthony Giddens, *Un mundo desobediencia*. Taurus, Madrid 2000, p.91 (Ed. Or.: Profile Books, UK 1999).

Y, como siempre, nadie alguien que entiende hay alguien que no lo hace. Quien entiende es Daniel Bell. Leamos:

El Estado-nación se está volviendo demasiado pequeño para los problemas grandes de la vida, y demasiado grande para los problemas pequeños (...). En síntesis, hay un desajuste de escala¹⁵.

Demasiado pequeño para producir mecanismos globales de regulación de los flujos de capital, para encarar gigantescos problemas ecológicos o migratorios; y demasiado grande para enfrentar con eficacia distintos tipos de necesidades locales. Eso es el proceso de regionalización: un camino hacia una mayor condensación de poder tanto hacia arriba como hacia abajo respecto al nivel nacional.

Quienes, en cambio, tienen dificultades para entender lo nuevo son Keohane y Nye, normalmente dos agudos observadores de la realidad internacional. Una incompreensión que se expresa así:

Al contrario de algunas visiones proféticas, el Estado-nación no está a punto de ser remplazado como el instrumento primario de la gobernabilidad doméstica o global¹⁶.

Que es como decir: aquí no pasa nada que nos obligue a repensar el Estado nacional en un contexto de aceleración de las interdependencias globales. Un punto de vista tal vez asociado a la costumbre hegemónica estadounidense.

Entre Prodi y Bin Laden.

Concluamos señalando tres aspectos.

Primero. Vamos hacia una disyuntiva sistémica trascendental. Veamos lo mejor y lo peor que podría ocurrir en las próximas décadas. Lo mejor sería que se activara una nueva corriente de crecimiento acelerado en el mundo "en desarrollo". Sólo de un nuevo impulso de crecimiento en África, América Latina, Medio Oriente y Asia Central y Meridional pueden venir los elementos capaces de metabolizar sin cataclismos sociales el impacto demográfico que nos espera. Sin embargo, si algunos miles de millones de seres humanos pasaran de la indigencia actual a alguna forma de bienestar, los ya precarios equilibrios ecológicos globales ¿podrían soportar el impacto? Un ejemplo banal. En números gruesos, en la capital de México

circulan 4 millones de automóviles y sea uno por cada cinco habitantes. En Turín, en el noroeste italiano, la razón es uno a uno en una ciudad con un millón de habitantes. Pregunta: ¿podría soportar la Ciudad de México (en el caso venturoso que el nivel medio de bienestar creciera en forma acelerada) el impacto de 10 o 20 millones de automóviles circulando? O sea, generalizando, ¿qué clase de catástrofe ecológica puede derivarse de una globalización de los actuales estilos de vida? Por el contrario, si nuestras expectativas sobre el crecimiento del mundo en "desarrollo" se frustraran, tendríamos el consuelo de enfrentar las actuales urgencias ecológicas sin añadir muchas nuevas, pero al costo de ver proliferar por el mundo redentores mesiánicos tipo Bin Laden u otras formas de dignificación cultural de la indigencia. Con consecuencias que, a partir del 11 de Septiembre, han quedado manifiestas. Moraleja: miseria y estabilidad, han dejado de ser compatibles en las condiciones actuales de aceleración de la globalización. Y ahí estamos frente al futuro: entre un éxito económico y social, que crearía una crisis sistémica de naturaleza ecológica y un fracaso económico que crearía otra fuente de crisis sistémica: el terrorismo con su secuela de intolerancias reactivas, paranoias de masas y tentaciones autoritarias.

Segundo. En el dilema entre desastre ecológico o desastre político-social, llegamos a un momento de decisiones capaces de condicionar el futuro. La actual y las sucesivas generaciones tendrán (y ya no como ejercicio utópico de minorías iluminadas) la tarea de *reinventar el desarrollo*, de tal manera que el bienestar de muchos millones de seres humanos no se convierta en amenaza de sobrevivencia para todos. Los avances tecnológicos y científicos podrán aflojar la tensión de los vínculos pero difícilmente podrán removerlos si no intervienen profundos cambios en formas y estilos de vida. Sin ideas, propuestas y experiencias dirigidas a un cambio sostenible (económica, social y ecológicamente) en nuestras formas de vida, de producción y de consumo, nos esperan tiempos peores que los presentes. Reinventar el desarrollo se ha vuelto nuestro reto contemporáneo.

Tercero. Romano Prodi, presidente de la Comisión Europea, reivindica -globali-

zación o no- la voluntad europea de conservar su propia especificidad respecto al *modelo americano*.

El Estado de bienestar es la más grande adquisición individual de las democracias occidentales. Cierto, la más grande del siglo XX (...). El progreso económico no trae automáticamente beneficios para todos. Una distribución del ingreso exclusivamente basada en el mercado dejaría cerca del 40 por ciento de las familias europeas debajo de la línea de pobreza¹⁷.

Más claro que así... Añadamos un elemento: en el ámbito de la Unión Europea, resulta interesante el uso político que, desde Bruselas, se hace de las políticas nacionales más exitosas como ejemplos a seguir por todos los países miembros, si bien, con formas y modalidades propias. Evitando los riesgos asociados a un excesivo protagonismo propositivo de los *eurócratas*, se recurre a la activación de mecanismos emulativos donde las experiencias exitosas de un país condicionan las políticas de los demás.

Un país como Dinamarca tiene una tasa de empleo incluso más alta que Estados Unidos. Otros países han podido combinar un buen crecimiento y un buen comportamiento del empleo, como Austria, Holanda, Portugal. Y no veo razón por qué todos los estados miembros no podrían hacer lo mismo¹⁸.

Prodi repite las experiencias de Mao y Deng en China: usar algún experimento local como ejemplo a seguir para los demás. En este caso, no compulsivamente. No obstante todo, está naciendo la política posnacional. ■

¹⁵ Daniel Bell. *The World and the United States in 2013*. Daedalus, n° 3, vol.116, 1987, p. 14.

¹⁶ Robert O. Keohane, Joseph Nye. *Introduction*, en Nye-Donahue (Eds.), *Governance in a Globalizing World*. Brookings Institution Press, Washington 2000, p. 12.

¹⁷ En *Progressive governance for the XXI Century* (Conference Proceedings), Firenze 20-21 noviembre 1999, pp. 12-13.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 16.